



En opinión de nuestro comunicante, «el intento de Claudín de enmendar la plana a los clásicos del marxismo, sobre todo a Trotsky, ha llegado a un callejón sin salida», aunque reconoce que el trabajo de Fernando Claudín «se inserta en una línea de honradez».

ción del desarrollo de las fuerzas productivas, bipolarización entre países ricos y pobres, dictaduras reaccionarias inspiradas desde el espíritu del Watergate, idiotización de la vida occidental..., complicidad de los países llamados socialistas, negación absoluta de las libertades en éstos, etc., etc.

El intento de Claudín de enmendar la plana a los clásicos del marxismo, sobre todo a Trotsky, ha llegado a un callejón sin salida. Estaremos de acuerdo con él en la crisis de las premisas teóricas (ya Rosa Luxemburg consideraba el empobrecimiento que tenía su época en relación a la originaria; con Trotsky la luz de esta segunda Edad de Oro se enriquece), pero no es menos cierto que, como decía Goethe, «el campo de la verdad es verde, mientras que el de la teoría es gris». Si en el período de los clásicos se podía hablar de una falta de correspondencia, en el tiempo en que el marxismo era, como diría Lukács, la simple ilustración de una cita de Stalin, no se puede hablar de una falta de correspondencia, sino de una autén-

tica contrarrevolución dentro de la revolución. La realidad desde la segunda postguerra hasta ahora ha sido más viva en hechos y contradicciones que la que ocupa un siglo anterior. Todo ello es indiscutible, pero una alternativa ecléctica que intente aunar lo mejor de cada flor es un paso hacia atrás. Es más, no entender que las premisas determinantes de este período de crisis conjunta, se centra en la falta de correspondencia entre la putrefacción de las condiciones con la capacidad revolucionaria de solucionarlas..., es ser más víctima de la crisis que contrarrestador de ella.

Sin duda, el esfuerzo de Claudín se inserta en una línea de mayor honradez que la de los intelectuales servidores de los aparatos estatales, como puede ser el caso de un Bettelheim, siempre dispuesto a ajustar sus investigaciones a la «raison d'Etat» maoísta. Pero esta constatación, insisto, es tan insuficiente como su buena fe expresada en los párrafos finales de la entrevista. ■ **JOSE GUTIERREZ ALVAREZ.**

UN TRISTE «HOMENAJE» A RICARDO MELLA

«El 7 de agosto de 1925 murió Ricardo Mella. Su pueblo entero, aquella ciudad de treintaitantas o mil almas, se movilizó de manera que parecía a un tiempo espontánea y emotiva (...). Aquella movilización viguesa en favor de Mella duró días. No hubo compartimentos: los tres diarios burgueses, el propio semanario socialista, animaban a participar en las cuestaciones públicas. El Ayuntamiento llamó «Avenida Ricardo Mella» a la actual de «La Florida». Son párrafos que a nuestros lectores les sonarán a familiares. Era la manera en que J. A. Durán reflejaba cómo Vigo recibió la muerte de Ricardo Mella («Ricardo Mella, nacimiento y muerte de un anarquista». TIEMPO DE HISTORIA, número 15, páginas 32-47).

Hoy, por el contrario, «la calle que llevaba el nombre de Ricardo Mella, desde hace tres meses el nuevo alcalde la suprimió». Nos lo comunican (junto a su agradecimiento hacia Durán) quienes lo sienten más que nadie: sus cuatro hijas —la mayor de 84 años y la menor de 70— que dedican al hecho este párrafo: «Para nosotras fue una decepción enorme, pero no queda más remedio que conformarse»... Esa es la manera en que se guarda oficialmente el recuerdo de un hombre cuya importancia histórica está fuera de discusión.

Aunque, por otra parte, quizá sea éste un homenaje nada despreciable hacia el que fue gran anarquista español. El «homenaje» de quienes desearon siempre su olvido.

